

Por ÁNGEL LEÓN

Indisciplina social

Se habla mucho de indisciplina social en estos tiempos. A diario vemos, en cualquier lugar de la ciudad, las diferentes manifestaciones de esta epidemia lacerante y absurda, pues en gran medida, es trabajo no realizado completamente o con poca calidad.

Si quien recoge los desechos deja de hacerlo, el que reparte algún bien, lo hace mal, el que informa, inspecciona o corrige, no respeta su trabajo; en todos los casos se motiva la indisciplina social con todas sus consecuencias. Aquí incluyo a los que educan, sin pensar solo en los maestros, pues su trabajo, digno e importante, lo respeto y admiro grandemente. Pensando más en la familia, “que deja hacer y deja pasar”, sin entender que las feas costumbres, adquiridas o permitidas, se arrastran a la escuela y a los centros de trabajo, junto a sus consecuencias.

Detrás de cada indisciplina hay mucho de desvalorización y no se puede pensar en recetas únicas, pues los casos son diversos, como dife-

rentes son las personas. Ese perrito que hace sus necesidades en nuestra puerta, fue obligado por sus dueños; quien juega en una computadora e informa cualquier cosa, el que deja para después lo que debe hacer ahora, el que otorga de cualquier manera, el que no da lo que debe dar; esa música estridente en lugares inapropiados, esas fiestas o *bonches*, las que regularmente motivan disputas, escándalos, lesionados y hasta muertos, se deben a malas lecciones aprendidas alguna vez. Ese lemita de “lo mío primero” atenta contra la unidad y la libertad de otros.

Hay que ser pacientes, pero firmes, ante estos hechos, no permitiéndolos y erradicándolos, pero no buscar la culpa solo en otros, sino empezar por nosotros. La culpa, aunque sea social, no tiene rostro y, para proponérselo, hay que buscar también en nosotros, viendo dónde nos equivocamos y que tenemos que cambiar. El prójimo soy yo también, soy parte del mundo, mi mundo, que es también el de los otros.